

Fecundará los senos de la tierra,
 Y de ella brotarán los vengadores
 Que hagan tronar desde el Darien al polo.
 Los ecos espantosos de la guerra;
 Y á su aspecto terrible, á sus acentos
 Sacudirá la tierra sus cimientos,
 Y caerá con estrépito el coloso
 Del poder español, que levantaba
 Su terrífica frente entre las nubes.
 Y á la AMERICA triste dominaba.
 Sobre su ruina elevárase entonces
 Un bello monumento en que se inscriba
 Con letras dignas de tan alta gloria:
 HIDALGO FUE QUIEN LIBERTO A LA PATRIA,
 Y LA PATRIA ETERNIZA SU MEMORIA.

A UN JUEZ.

¡Hasta cuándo será que los mortales,
 El don de la palabra degradando,
 Con sus viles lisonjas estén dando
 Pábulo infame al execrable crimen!
 Bajo dura opresion los pueblos gimen,
 Y en lugar de escucharse sus lamentos,
 Se esparcen por el aire los acentos
 Que aduladores sin pudor levantan,
 Y alabanzas prodigan al tirano
 Que abate á la virtud con dura mano.

Insensatos, callad; no mancheis nécios
 Vuestros débiles lábios, y á los vicios
 No deis de la virtud los sacros nombres;
 Oigan la voz de la verdad los hombres.

Alzad del polvo la abatida frente,
 ¡Oh yucatecos! y lanzad el grito
 De indignacion, al orbe publicando
 Del pérfido que manda
 Las maldades tiránicas y fieras.
 Decid á las edades venideras
 Que aborezcan su nombre, ya cubierto
 En la presente edad de maldiciones.
 Los que teneis sensibles corazones
 Llenaos de horror al contemplar su diestra,
 Su diestra enrojecida
 Con sangre de infelices, que perdieron
 A su impulso la vida.

Ved por su torpe mano arrebatados
 De su sencillo hogar los tristes indios
 Que á lejanos lugares arrastrados,
 Son al duro trabajo condenados:
 De ciento en ciento, con tenaz audacia,
 Los conduce, insensible, á la faena,
 Y su voraz codicia no se sacia.
 Miradlos con los rostros abatidos,

Tristes los ojos, mudos, y aflijidos,
 Soportando la inmensa pesadumbre
 De verse en tan inicua servidumbre.

Y qué premio esperais, hombres honrados,
 Que seguís la virtud tan denodados,
 Que la patria ilustrais infatigables
 Y adorais el honor imperturbables!
 Os miro ya arrastrar entre cadenas,
 Y os advierto gemir entre prisiones.
 Prisiones y cadenas son los dones
 Con que premia el tirano á aquel que emprenda
 Seguir de la virtud la angusta senda.....
 Y su audacia feroz, aun no saciada
 Con perfidias y crímenes, se lanza
 A desgarrar la ley pura y sagrada:
 La pisa impunemente, y se abalanza
 A perseguir, rabioso en sus furores,
 Las sagradas personas, é inviolables,
 De aquellos que llamó legisladores
 La uniforme opinion de nuestra patria.
 Ayer el pueblo que os miró sentados
 En el santuario mismo de las leyes,
 Hoy os mira vilmente degradados
 Entre pesados grillos; maniatados
 De pueblo en pueblo os llevan los traidores

Rodeados de soldados, cual si fuerais
Asesinos, ó viles salteadores.

¡Oh! qué, no te ha valido

Para librarte de esas ataduras,
Haber entre tus manos descendido

El Redentor Santísimo del mundo!

Ni á tí el dolor profundo

De ver llorando tu difunta esposa,

Qué trémulo conduces al sepulcro

Que cubre eterna la insensible losa;

Enternecer no pudo tu tormento

Su duro pecho, que de furias lleno,

Es su mayor delicia el mal ageno.

¡Mas cómo puede respetar piadoso

La aficción de los hombres el perverso,

Que con dañado y pernicioso ejemplo

Osó insultar el sacrosanto templo

el Supremo Hacedor del universo!

¡Oh párroco infeliz, tu eres testigo!

Pues no te basta el respetado abrigo

De la casa de Dios: en ella estabas

Del alba revestido,

Cuando mandó atrevido

Soldados á prenderte. ¡Oh cielo santol

¡Cómo no vengas sacrilegio tantol

¡Infelices, tened: no se obedezca

Al sacrilego autor de estas maldades;

No así irriteis al Dios de las bondades;

No sea que los auxilios por vos dados,

Aunque llenos de horror, su enojo animen;

Ved que corre el castigo en pos del crimen.

¡Mas qué escena de llanto, oh Dios supremo,

Se presenta á mi vista! ved la turba

De asesinos sangrientos y feroces,

Que llegan, de las furias agitados,

La atmósfera atronando con sus voces,

Ya con horrenda faz se precipitan

Sobre el mísero Andrés; el mas amable,

El mas virtuoso, oh Dios, de tus ministros,

Y con rabia infernal siempre implacable,

Lo hieren, lo maltratan, lo atormentan,

Lo confunden, y al fin lo desalientan.

Caen sobre él los golpes repetidos

Como copiosa lluvia, y sin sentido

Su cuerpo vacilante cayó en tierra.

De heridas profundísimas cubierto,

A torrentes la sangre derramando,

Y de dolor bañado el cuerpo yerto,

Le llevan sobre piedras arrastrando;

Y con los duros grillos, y pesados,

Comprimen sin piedad sus piés hinchados:
Y en derredor del cuerpo ¡cruel estrago!
Se forma con la sangre un ancho lago,
En que el mísero queda sumergido.

¡Qué espíritu infernal habrá impelido
A crimen tan atroz! qué mónstruo pudo
Tal maldad consumir!
En donde quiera que mireis vertida
Sangre de sacerdote; donde quiera
Que mireis sus ultrajes,
La sacrílega mano
Presente está del que furioso impera,
¡Y con desvergonzada hipocresía
Vas á tocar, humanidad fingiendo,
Esas abiertas llagas, que pidiendo
Venganza contra tí claman al cielo?
De Andrés amigos ¡ay! que sin consuelo
Silenciosos le veis, interponeos,
Y arrojad de su lecho á su asesino;
Arrojad de su lecho á ese inhumano;
Que se le acerca con dañado intento:
Que hará mortal la llaga con su mano,
Pestilente la herida con su aliento.

Corramos, si es posible, un denso velo
A tanta iniquidad: compadezcamos

La triste situacion en que ha dejado
El parti lo infeliz, á do lanzado,
A un tiempo fué su perdicion y azote.
¡Oh qué inicuas doctrinas ha enseñado!
¡Qué ejemplos tan fatales! Donde quiera
Solo se oyen blasfemias infernales
Contra el benigno Dios de los cristianos.
Se mofan sus recónditos arcanos,
El nombre de Jesus ya se escarnece
Por sacrílegos lábios! y los ritos,
Los ritos mas augustos y mas santos,
Por la iglesia de Dios establecidos,
Por diez y nueve siglos respetados,
Se vieron por las calles profanados,

Prófugos los párrocos virtuosos,
Los ministros del culto perseguidos,
Con furor los conventos incendiados.....
A tan mísero estado
Todo lo ha reducido. ¡Estado horrible!
Estado de dolor y desventuras,
Que en tierra dió con las costumbres puras.

¡Y este mismo es el hombre que sentado
Miras, oh Yucatan, en el agosto
Trono de la justicia! El insolente,
Que la moral corrompe impunemente,

Osó arrebatáros la balanza
 De la suerte del pueblo! Tiembla, tiembla
 Al verte en ese solio ¡oh enemigo
 De Dios y de los hombres! Tu castigo
 Estallará cual rayo, y vanamente
 Querrás alzar la condenada frente,
 Que oprime el peso enorme
 De la reprobacion!..... Le veis mortales.
 Ya sus feroces ojos se oscurecen!...
 Sus miembros ya se agitan, se entorpecan:
 Sus cabellos se erizan.
 Colores en su rostro se deslizan
 Cual relámpagos funebres . . .
 Su pecho se hinche de furor, que en vano
 Intenta sacudir. . . Dónde te escondes!
 ¡El Señor contra tí su rostro afianza!
 ¡Dónde escapar podrás á su venganza!
 Ya en remolino horrendo,
 Al abismo profundo
 Te precipita el anatema eterno...
 Anda á llenar de horror al mismo infierno.

GRITO DE DOLORES.

De la opresion el ominoso imperio
 Que á un pueblo tiraniza,
 Solo durar podrá, si el pueblo inerte
 La cerviz inclinando al cautiverio,
 Digno se muestra de sufrir su suerte;
 Mas si encendido de furor el pecho
 Osa agitar los vigorosos brazos,
 Al instante los hierros á pedazos
 Caen: la tiranía,

Cual paja por el fuego devorada,
Súbite desaparece;
Y la alma libertad, del rayo armada,
Sobre un trono de gloria resplandece.

Quién entónces su fuerza incontrastable
Se atreve á resistir? Allá en el Tibre
Húndese el trono del feroz Tarquino,
Al resonar la voz de un pueblo libre.
El Norte entusiasmado,
De su cuello sacude fatigado
El peso de Albion que lo oprimia.
Tambien la patria mia,
De infamia un tiempo y de baldon cargada,
Sacúdense á su vez, avergonzada
Del ominoso yugo en que yacia.
Alza la frente, y á sus hijos mira
En el oprobio hundidos,
Y grita *Libertad*, ardiendo en ira.

Cual rueda despeñado
De monte en monte con horror profundo
En trueno bramador, y aterra el mundo,
Así el clamor sagrado
Que la patria lanzó, retumba airado,
Tremendo se difunde

Por los pueblos y campos mexicanos,
Y estremece y conturba á los tiranos.

Quién el primero fué ¡quién! el que pudo
Contrastar de los duros opresores
El ímpetu sañudo?
Volved la vista al pueblo de Dolores.
¡No le mirais brillar...! El grande Hidalgo
Con voz robusta, fuerte y clamorosa
A la venganza os llama,
Y el templo os muestra de la eterna fama.
Su diestra poderosa
La lanza agita del sangriento Marte,
Y en la siniestra eleva por el viento
De la patria el espléndido estandarte.
¡Magnífica señal! Quien al mirarla
De coraje no siente hervir el pecho,
Y lanzarse á la lid?..... Ved á los nietos
De Guatemuz el fuerte levantarse
Con los miembros desnudos,
Y á las libres banderas agolparse.
La constancia y valor son sus escudos,
Sus armas el furor. ¿Veis á oleadas
Héroes y héroes sin fin venir ardiendo
En bélico entusiasmo,
El polvo de la infamia sacudieado?

¡Y vibrar por el aire, levantadas
Y sedientas de sangre, las espadas!

Héroes, volad, que la victoria os llama;
Exterminad los fieros opresores,
Y dadnos libertad. No os amedrenten
Las huestes sanguinosas y fatales,
Que armadas de cadenas y puñales
A oprimiros vendrán. Quién al torrente
Resistirá de un pueblo enfurecido,
Que hirviendo en sed de sangre y de venganza,
Al campo de la gloria se abalanza
A vencer ó morir? La lava ardiente,
Si una vez del volcan se ha despeñado,
Quién pone dique á su voraz corriente?
Arboles, rocas, muros y ciudades
Abruma y aniquila, y victoriosa
Al mar lleva la frente pavorosa.

Ya el polvo, el humo, el fuego y el bramido
De Marte asolador y sus horrores,
Nuncian al universo conmovido
Los estragos del rayo terroroso
Que el patriotismo fulminó en Dolores.
Mirad, mirad las haces españolas
En las Cruces huir acobardadas,
Como débiles olas

Del Aquilon furioso atropelladas.
Las sigue, las alcanza, las comprime
La vencedora hueste acaudillada
Por HIDAIGO inmortal. . . Genio sublime,
Mi débil voz desmaya
Al entonar la hazafia memorable
Con que aterraste al opresor tirano.
Mi aliento agito, mas lo agito en vano.

¡Ah! si la musa mia
Inspirara á mi lábio acentos tales,
Que dignamente celebrar pudiesen
Los hechos inmortales,
¡Oh! con cuánto placer, y cuán ansioso
Mirara amanecer el claro dia
En que todos se afanan á porfia,
Héroe sublime, á festejar tu gloria!
Cuán alegre y ufano,
De Mérida feliz en la ancha plaza
Viera agolparse al pueblo numeroso,
Con rostro lleno de ventura y gozo!
Y de repente, en medio del concurso,
En hombros de los jóvenes alzado,
La frente ornada de purpúreas rosas,
Fijos en mí sus ojos las hermosas,
Y de ardiente entusiasmo arrebatado,

A mi rotundo lábio aplicaria
 De eterna Fama la sonante trompa,
 Y elevando la voz entonaria,
 Hidalgo, tu loor en grandes himnos
 Que atónita mi patria escucharía.

Entre el aplauso entonces y la pompa
 De las voces festivas,
 Que en resonantes vivas
 Al cielo lleven tu inmortal renombre,
 Tal vez yo á gritos repetir oyera
 A par del tuyo mi dichoso nombre.

LA INDEPENDENCIA.

ODA.

CONQUE llegó el gran día
 En que glorioso el Septentrion lanzase
 La voz de *Libertad*, y quebrantase
 La horrorosa opresion en que yacia?
 Conque ha tenido fin la atroz porfia,
 La destructora saña,
 El furor exicial con que la España,
 Con cetro aborrecido
 Hizo sentir al Anahuac su imperio?
 Al mísero Anahuac, que con espanto
 Del orbe enmudecido,